



CRAIG SMITH

**LA
LANZA
SAGRADA**

algaida
INTER

Título original: *The Blood Lance*
Editado en Reino Unido por: Myrmidon Books Ltd
Rotterdam House
116 Quayside
Newcastle upon Tyne
NE1 3DY
www.myrmidonbooks.com

Primera edición: marzo, 2010

© Craig Smith, 2008
© Traducción: Pilar Ramírez, 2010
© de esta edición: Algaida Editores, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-348-4
Depósito legal: M-10.860-2010
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO UNO	17
CAPÍTULO DOS	43
CAPÍTULO TRES	65
CAPÍTULO CUATRO.	87
CAPÍTULO CINCO.	141
CAPÍTULO SEIS.	189
CAPÍTULO SIETE	239
CAPÍTULO OCHO	259
CAPÍTULO NUEVE	291
CAPÍTULO DIEZ	335
CAPÍTULO ONCE	363
CAPÍTULO DOCE	409
EPÍLOGO.	455
NOTAS HISTÓRICAS	463
AGRADECIMIENTOS	467

*Para Martha, el amor de mi vida,
y para mi buena amiga y sabia
consejera Burdette Palmberg,
guardiana de la lanza.*

PRÓLOGO

Kufstein (Austria)
16 de marzo de 1939.

EL MUERTO LLEVABA EL UNIFORME, EL ABRIGO Y LAS ALTAS botas negras de montar de los oficiales de las SS. Le faltaban la gorra, el arma, la documentación y el anillo *Totenkopf* que lucían todos ellos. Los primeros miembros del personal militar que llegaron a la escena entendieron de inmediato la gravedad de la situación y se comunicaron con Berchtesgaden para solicitar ayuda. Al fin y al cabo, la región del Wilder Kaiser entraba dentro de las defensas exteriores del Nido del Águila.

Menos de una hora después, el coronel Dieter Bachman apareció en Kufstein escoltado por dos secciones. El coronel, un hombre alto, grueso y medio calvo, observaba con indiferencia cómo sus hombres registraban el pueblo. Obviamente, los austriacos estaban asustados, pero salían de sus casas sin ofrecer resistencia. Satisfecho con el progreso de la operación, Bachman se llevó a un pelotón de sus hombres al pie de la montaña. Era un día frío, igual que la noche anterior; la nieve caía en ráfagas mezclada con aguanieve, el cielo estaba gris, y la tierra se veía helada y blanca. Bachman se reunió con los dos guardias austriacos de las SS que vigilaban el pie de una colina

cubierta de árboles jóvenes. Le señalaron la ubicación del cadáver. Después de ordenarles que volvieran al pueblo para ayudar en el registro, Bachman subió solo la colina.

Al acercarse, vio que la víctima estaba boca arriba. Tenía los ojos abiertos, mirando al cielo, aunque el cuerpo y la cabeza estaban hundidos en la nieve. Los brazos y las piernas parecían haberse relajado al producirse el impacto. El coronel sacudió la cabeza, asombrado, y levantó la vista hacia el saliente nevado del que había caído el hombre. Notaba los agujonazos de la nieve mientras intentaba calcular los metros; en cualquier caso, eran suficientes para una caída de varios segundos, al menos tres o cuatro; una larga y angustiosa espera antes del final. ¿En qué estaría pensando al acabarse su vida? ¿Qué imagen se habría llevado con él montaña abajo? solo Dios lo sabía.

Bachman se acercó un poco más para examinarle mejor la cara y, entonces, dejó escapar un sollozo. La emoción lo golpeó de forma tan repentina que no pudo controlarla. Hincó una rodilla en el suelo con la esperanza de ocultar el llanto, con la esperanza de parecer un hombre al que le costaba agacharse, pero fue un esfuerzo inútil, ya que los demás no parecían haberlo oído... o fingieron no haberlo hecho. Se quitó uno de los guantes y acarició la fría y cerosa mejilla del atractivo rostro. Notó la barba de un día y siguió recorriendo con los dedos la delicada curva de los labios. Después le tocó la frente, con su elegante forma arqueada. Le desconcertaba su expresión de serenidad, ¿cómo era posible?

Levantó de nuevo la vista. Había ocurrido de noche, claro, puede que no hubiese visto cómo la montaña pasaba volando a su lado. En cualquier caso, aunque mirase al cielo sin ningún punto de referencia, seguro que habría oído el salvaje rugido del viento, que habría sentido el tirón de la gravedad.

Cuatro segundos de vida bastaban para aterrorizar a cualquier hombre, pero allí tenía la pura verdad, mirándolo a la cara. «Sí —pensó Bachman—, se ha enfrentado a la muerte como un cátaro que se dispone dichoso a meterse en la hoguera del gran inquisidor...».

CAPÍTULO UNO

Cara norte del Eiger (Suiza)

24 de marzo de 1997.

LOS QUE LO CONOCÍAN MEJOR LO LLAMABAN EL OGRE. A sus solitarios vecinos los habían bautizado como el Monje y la Virgen. Durante casi cien años después de que el alpinismo se convirtiese en deporte, mató a todos los que se atrevieron a subir por su retorcida cara norte. En el proceso, sus repisas, hendiduras, grietas y empinadas pendientes monolíticas se habían ganado una letanía de nombres extravagantes. En los alrededores de la roca estaban la Chimenea Roja y el Nido de Golondrinas. Más arriba se encontraba el Vivac de la Muerte, donde dos alpinistas alemanes, después de llegar más lejos que nadie hasta entonces, murieron congelados en 1935. Estaba la Travesía de los Dioses, un vertiginoso pedazo de roca que había que cruzar antes de llegar a la Araña Blanca, el último y más peligroso campo de hielo, llamado así por las numerosas grietas que surgían de su parte central. Y, por último, las Fisuras de Salida, unos finos canales de piedra, casi verticales, que conducían a la cumbre.

La primera subida con éxito por la cara norte del Eiger tuvo lugar en el año 1938. Dos equipos, uno alemán y otro austriaco, habían empezado con un día de diferencia, pero se

unieron para subir por las Fisuras de Salida atados con una sola cuerda. La siguiente ascensión fue nueve años después, con mejor equipo y los rastros de la primera expedición todavía en su sitio. Como ocurrió con el primer equipo, el segundo dejó también sus cuerdas y anclajes tras de sí, y salió por el flanco occidental. Los equipos posteriores hicieron lo mismo, lo que simplificó las pendientes más difíciles con anclajes en lugares estratégicos y alguna que otra cuerda.

A partir de ahí, la cara oscura del Eiger se convirtió en un campo de pruebas para batir marcas. Primero intentaron llegar a la cumbre equipos nacionales, después alpinistas en solitario. Una mujer llegó a la cima de la cara norte en 1964. Un año antes, un equipo de guías suizos logró hacer un descenso aterrador con cuerda desde la cumbre para rescatar a dos alpinistas italianos. Salvaron a uno y perdieron a tres de sus compañeros en el intento. Había una ruta más directa, a la que habían bautizado John Harlin en homenaje al alpinista que había muerto al intentar recorrerla. A todo ello se sumó un descenso esquian-do por el flanco occidental del Eiger, la subida del alpinista más joven, e incluso una subida en ocho horas y media en 1981, algo que parecía imposible y que batió todos los récords.

Sin embargo, a pesar de haberlo domesticado con cuerdas y anclajes, detalladas narraciones de sus numerosos retos y rescates en helicóptero, el Ogro a veces despertaba de su letargo para salir rugiendo del sur alpino con aullidos semejantes a los de un animal herido. Sus vientos eran capaces de arrancar a los alpinistas de sus débiles asideros a la montaña y, por tanto, a la vida. El hielo era famoso por su inestabilidad, la piedra estaba picada y resultaba frágil. La niebla solía ir detrás del claro *foehn* como la noche sigue al día, barriendo la pared con una cortina tan espesa y cercana que obligaba a depender del tacto para avanzar. Después estaban las avalanchas de rocas, hielo y

nieve, el implacable frío de las sombras que nunca recibían el calor de los rayos de sol y el cansancio que penetraba hasta los huesos al arrastrarse por unas paredes verticales. Nueve personas murieron antes de lograr una subida completa. Más de cuarenta perecieron en las décadas posteriores.

Cuando Kate Wheeler lo intentó por primera vez, en 1992, daba la impresión de que ya se había conseguido todo. El Eiger era una roca de los Alpes Berneses con una historia llena de relatos; peligroso, sí, pero muy recorrido y casi cómodo para ser una montaña. Kate tenía diecisiete años, ni siquiera era la alpinista más joven en subir al Eiger. Llevaba tres años dedicada en serio a ese deporte y ya había alcanzado la cima de muchas de las glorias de Europa, incluida la legendaria Matteredhorn.

El primer día, Kate y su padre ascendieron durante diez horas y bromearon sobre ser el primer equipo padre-hija; la lista de récords había crecido tanto que no era más que un chiste. Pensaban llegar a la cima a última hora de la tarde siguiente, ya que todo iba tan bien, pero una fuerte tormenta de nieve los sorprendió aquella noche y los obligó a retroceder. Acamparon e intentaron esperar a que amainase, hasta que escasearon los suministros y tuvieron que rendirse.

Kate volvió a intentarlo el verano siguiente, junto con un joven alpinista alemán al que había conocido en primavera. Después de abrirse paso entre los bajos campos de hielo durante dos días, hicieron el amor en el Vivac de la Muerte. Pretendían empezar a escalar al tercer día, que les recibió con un tiempo perfecto. Empezaron con confianza, ascendieron la rampa y recorrieron la Travesía de los Dioses. Entonces se rompió un tornillo de hielo en la Araña y el compañero de Kate sufrió una caída de varios cientos de metros por hielo y roca. Tuvo suerte de salir de allí con tan solo dos piernas rotas.

En el tercer intento, Kate formó equipo con lord Robert Kenyon y un guía suizo que había subido a la montaña más de doce veces. A Robert se le había ocurrido convertir el viaje de novios en una escalada.

—O lo conseguimos —le había dicho a Kate con la serena confianza de un hombre que nunca fallaba— o nos mata a los dos. Una cosa o la otra.

Alguien sin la pasión de Kate podría haber vacilado ante una promesa tan terrible, pero a ella le encantaba. Robert Kenyon no era una persona de medias tintas y paciencia; él aprovechaba el momento con audacia y saboreaba sus victorias como si le correspondiesen por derecho divino.

Siguieron la ruta clásica de la subida de 1938 y planearon un viaje de tres días. La noche del segundo día, Alfredo, su guía, encontró un poco de nieve invernal rezagada en una grieta y excavó una cueva, mientras Kate y Robert se hacían con una estrecha repisa que colgaba como una pesadilla sobre el abismo.

Después de dos días de atravesar pendientes y clavar sus piolets en bloques de hielo descompuesto, Kate estaba agotada, pero, con la perspectiva de solo tres o cuatro horas más de subida a la mañana siguiente y el buen tiempo prometido, se dio cuenta de que nunca había sido tan feliz. Aunque, bajo ellos, la noche ya había caído sobre el pueblo de Grindelwald, desde donde estaban todavía podían ver el débil brillo de la puesta de sol reflejada en los lejanos picos nevados del oeste. Una vez asegurados con cuerdas, se sentaron con las piernas colgando de la repisa para tomarse una cena fría con té negro caliente.

Cuando terminaron de comer guardaron un agradable silencio, como un viejo matrimonio, a pesar de haber intercam-

biado los votos hacía tan solo cuatro días. Al final, deseosa de compartir sus pensamientos de nuevo con Robert, Kate suspiró y susurró:

—Nuestra última noche.

Kate era una belleza de veintiún años, esbelta, alta, de piel clara y con una fuerza extraordinaria. Sus nórdicos ojos azules y su cabello dorado pálido le habrían permitido convertirse en actriz o modelo, pero ella misma era la primera en reconocer que aceptar órdenes y fingir romances no era lo suyo. Robert tenía treinta y siete años, y unas facciones duras, aunque atractivas. También era rico, atlético y sereno. Se habían conocido hacía seis meses, en una fiesta organizada por un antiguo novio de Kate, Luca Bartoli, en un pueblo turístico al sur de Génova. Robert resultó ser un viejo amigo de Luca. Kate y él se pasaron aquella primera noche hablando (solo hablando) y, cuando llegó el alba, ambos supieron que las cosas nunca volverían a ser iguales. Kate suponía que tendrían que haber ido más despacio, que así era como lo hacía todo el mundo, pero los dos vivían como escalaban: nada los detenía, y mucho menos el sentido común.

Robert se rio alegremente del suspiro lastimero de su mujer y le cogió la mano con un cariño que resultaba mucho más dulce que el deseo.

—Da la impresión de que te gustaría pasar otras dos noches más aquí arriba.

—No me importaría pasar un par de noches más —respondió ella, recorriendo con la mirada el mundo oscuro que se extendía bajo ellos—, siempre que pudiéramos seguir escalando.

—Dios mío —repuso él, gruñendo, de buen humor—, ¿con quien me he casado?

—¡No dirás que no lo sabías! —exclamó ella entre risas.

—¡Ya ves!

—Seguro que mi ex novio y mi posesivo padre te contaron todo lo malo en dos segundos —contestó ella, esbozando una sonrisa tristonosa.

—Y resulta que todo era verdad. ¿Sabes? Si no hubiese estado loco por ti, ¡probablemente les habría hecho caso!

A Kate nadie le había contado nada sobre su prometido. Lo cierto era que nadie la advirtió sobre sus obsesiones, mientras que su padre y Luca habían puesto a Robert al día sobre ella. De hecho, no se enteró de que Robert era el séptimo conde de Falsbury y el propietario de una casa solariega en las colinas de Devon hasta varias semanas después. En Falsbury Hall se sorprendió al ver las fotos de su marido con uniforme militar británico recibiendo una condecoración. Después de un aluvión de preguntas (un interrogatorio en toda regla, en realidad), consiguió que reconociera que sí, que había sido condecorado por «su valor, distinción en el servicio y demás unas cuantas veces». ¿Un héroe? «Más bien tenía la mala costumbre de estar en el sitio equivocado en el peor momento posible...».

Kate era demasiado joven para ser práctica y demasiado inteligente para ambicionar un título nobiliario, pero descubrió que no estaba mal que la llamasen lady Kenyon y que los hombres de la edad de su padre contemplasen a su marido con admiración. Aunque tampoco importaba, porque se había casado por la mejor razón del mundo: estaba enamorada. Y, ¿por qué no? Robert Kenyon tenía los oscuros rasgos y el aire misterioso de un Heathcliff, así como la dulzura, el orgullo natural y la ética inquebrantable de un señor Darcy. Conocía al primer ministro y había servido con varios miembros de la familia real durante su tiempo en el ejército. Había viajado por el mundo, hablaba cinco idiomas con fluidez y se defendía con bastantes más. Sin embargo, lo que más le gustaba de su marido era que nunca retrocedía ante nada.

La única vacilación de Kate, y no le había durado mucho, la tuvo al considerar la diferencia de edad. Él le llevaba dieciséis años. Por supuesto, ella siempre había salido con hombres mayores, al menos desde que cumplió los dieciséis años. Sus escasas aventuras con hombres más jóvenes, siempre alpinistas, solían acabar con una pelea y los consiguientes resentimientos.

Con los mayores apenas tenía que enfrentarse al desagradable rencor que surgía cuando superaba a un hombre joven en una competición física. Los adultos confiaban más en sí mismos y parecían disfrutar con sus notables aptitudes para la escalada. Por tanto, era inevitable que se acabase casando con un hombre bien asentado en su mundo y satisfecho con su vida. ¿Ocho años, diez, dieciséis? ¿Qué más daba?

—Espero que no estén pensando en vivaquear con nosotros.

Kate apartó la mirada de los picos lejanos y la fijó en las dos figuras que subían por la roca. No resultaba fácil verlas a la luz del atardecer, pero distinguía que avanzaban con el ritmo regular de los escaladores que llevan muchos años trabajando juntos. Sin duda, subían más deprisa que Robert, Alfredo y ella. Es lo que pasaba cuando dos compartían cuerda, pero, en cualquier caso, eran muy buenos.

Meditando sobre el comentario de Robert acerca del campamento, Kate miró la repisa en la que se encontraban. Los dos alpinistas podrían pedirles permiso para compartirla, aunque no les iba a servir de mucho, porque el área para dormir tenía poco más de medio metro de ancho y le faltaba el largo suficiente para acomodar a dos personas. Sobre ellos, un saliente los protegía de las rocas que cayesen; por debajo, un largo descenso vertical de varios metros acababa en un glaciar.

—Dudo que pretendan cruzar la Travesía de los Dioses a oscuras —respondió Kate. Por fin fue consciente de la repenti-

na intromisión y se sintió bastante molesta. No quería compañía en aquellas alturas, deseaba toda la atención de su marido para ella. Ni siquiera le había gustado que los acompañase Alfredo y había expresado su opinión contraria al uso de un guía, pero Robert había insistido. Decía que, si pasaba algo, un tercer alpinista supondría una importante diferencia.

Robert seguía observando su avance.

—No lo sé —dijo al fin—, puede que sea interesante. —Habla de una subida nocturna por una roca que solo los mejores alpinistas del mundo se atrevían a subir de día.

—Interesante es pasar por la Travesía de los Dioses en una tarde soleada —respondió Kate—. Por la noche es una locura.

—La luna llena saldrá en un par de horas —repuso él—. Si el cielo sigue claro, un par de alpinistas fuertes podrían llegar a la cumbre a las dos o las tres de la mañana.

Kate consideró la idea y notó que le palpitaba el corazón. La posibilidad no se le había ocurrido antes, pero, pensándolo bien, una escalada a la luz de la luna sonaba como el punto final que estaba buscando.

Oyó cómo Alfredo recibía a los recién llegados con el obligatorio saludo suizo de *Gruezi-mitenand*. Ellos respondieron en alto alemán, expresando su sorpresa de encontrarse a alguien vivaqueando tan cerca de la rampa. Como no había espacio de sobra que compartir, resultaba una situación un tanto incómoda, aunque los escaladores son famosos tanto por su generosidad como por su capacidad de apañárselas con lo que haya.

—¿Queréis vivaquear aquí? —les preguntó Alfredo en una ambigua mezcla de alto alemán y alemán suizo.

Alfredo tenía la edad de Robert, pero su piel curtida y los mechones grises de la barba le daban el aspecto de un hom-

bre de cincuenta años. Hablaba una versión campestre del dialecto de Berna, unas frases de lentitud inimaginable con su propio encanto montañés.

—No, si no nos queda más remedio —respondió el más alto de los dos hombres—. Esperamos seguir avanzando en cuanto salga la luna —hablaba con acento austriaco—. ¿Os importa que nos quedemos aquí un par de horas hasta entonces?

Alfredo miró hacia Kate y Robert.

—Depende de él.

Los austriacos miraron hacia la repisa, sorprendidos; al parecer, no los habían visto.

Robert les gritó que le parecía bien, utilizando un correcto alto alemán.

—¡Quedaos lo que queráis! —afirmó—. ¿Cuándo salisteis?

—A las cuatro de la mañana —respondió el hombre—. Todavía esperamos hacerlo en menos de veinticuatro horas, pero va a estar justo.

—¡Nosotros hemos tardado dos días en llegar aquí! —exclamó Robert.

—¿Sois los dos tortolitos en viaje de novios? —preguntó el segundo hombre.

—¡Los mismos! —gritó Kate.

—Si queréis subir a la roca con nosotros, sois bienvenidos —repuso el primer hombre—. Se supone que mañana a primera hora tendremos niebla espesa, quizá sea complicado salir de aquí si esperáis a que salga el sol.

—Lo último que oí era que nos esperaban un par de días más con buen tiempo —respondió Kate.

—Creo que no haríamos más que frenaros —añadió Robert.

—¡Eh, lo he leído todo sobre vosotros! ¡Seguro que no nos frenáis!

—¿De verdad no os importaría que nos uniésemos? —preguntó Robert, que parecía estar pensándose en serio la invitación.

—¿Me tomas el pelo? ¡Si llegamos con vosotros dos atados a las cuerdas podríamos acabar en la portada del *Alpine Journal*!

—No se me había ocurrido —dijo Robert, entre risas—. Dadnos un minuto para hablarlo.

—No hay prisa, tomaos un par de horas si queréis.

—Alfredo ¿Por qué no les preparas un café?

—Creo que tengo un par de tazas que todavía están calientes, señor.

—Justo lo que necesitábamos —afirmó el primer austriaco—. Muchas gracias.

Alfredo, que había pasado su cuerda por un anclaje permanente para bajar hasta los hombres, se volvió y empezó a tirar de ella para volver a su improvisada cueva de nieve. Los austriacos lo siguieron por la inclinada pendiente utilizando tan solo los crampones.

Cuando los tres llegaron a la roca y se perdieron de vista, Kate dijo:

—¿De verdad quieres hacerlo?

—¡Tendría que haberme imaginado que te apetecería! —exclamó Robert, riéndose ante el entusiasmo de su mujer.

—Teniendo en cuenta lo de la niebla, quizá sea lo más inteligente.

—La verdad es que me siento bastante bien, dadas las circunstancias —respondió él, después de pensárselo un momento—. ¿Y tú?

—¿Cuánto es? ¿Cuatro horas?

—Si seguimos el ritmo de esos dos, puede que sea bastante menos.

Kate oyó algo, como un palo golpeando roca, y miró hacia la pendiente justo a tiempo de ver una sombra que salía volando por la roca. Sobresaltada, se dio cuenta de que era un cuerpo.

La forma oscura empezó a deslizarse, para después dar tumbos con la indiferencia de un objeto inanimado. Cayó por el borde y se desplomó hacia el glaciar. Kate y Robert se pusieron en pie de un salto, y, sin poder evitarlo, chocaron, de modo que el hombro de él la hizo perder el equilibrio. Kate notó que se caía por el precipicio, así que alargó un brazo en busca de Robert, que no parecía darse cuenta del peligro que corría. Kate gritó su nombre y perdió pie.

La cuerda que la anclaba a la roca llegó a su límite con un chasquido que la envió contra la montaña. Algo le rozó la cabeza y siguió cayendo. ¿Su saco de dormir? ¿Una de las mochilas? No estaba segura. Miró abajo, pero solo veía el fantasmagórico hielo del fondo.

Parpadeó e intentó entender lo que había pasado. Estaba colgada unos cuantos metros por debajo de la repisa, girando en su cuerda de sujeción. El choque con la pared de roca la había dejado atontada y sentía un dolor agudo en la rodilla, aunque, al menos de momento, estaba tan cargada de adrenalina que no le costaría trepar hasta la repisa.

Estudió la situación con ojo de experta. Estaba unos dos o tres metros por debajo de la repisa. Su anclaje se encontraba otro metro más arriba. La única dificultad consistía en encontrar puntos de apoyo. Por desgracia, los piolets estaban arriba, junto con los crampones, así que tendría que trepar por la cuerda.

Entonces se le ocurrió algo: ¿por qué no estaba Robert asomado al borde para asegurarse de que se encontraba bien? Sin atreverse a responder a la pregunta, Kate notó que la fatalidad y la pérdida se cernían sobre ella. «No», pensó, antes de tan siquiera poder articular el terror que intentaba apoderarse de ella. Él también se había atado, lo había visto hacerlo. Miró a su alrededor pensando en que podía haber caído y estar colgado unos cuantos metros por debajo.

—¿Robert? —preguntó, con voz tímida y asustada.

¿Se habría soltado su anclaje? La idea le dio náuseas, y no podía dejar de pensar en el objeto que había pasado junto a ella. Saco de dormir, mochila..., Robert.

—¡¡Robert!!

Vio la silueta de la cabeza de un hombre asomándose a la repisa y se sintió aliviada.

—¿Robert? Estoy aquí, ¡estoy bien!

—Corta la cuerda —dijo una voz a lo lejos.

—¡No! —gritó ella, aterrada.

La silueta se retiró mientras Kate daba patadas como loca para intentar llegar a la pared. Sus esfuerzos para impulsarse la acercaron más a la roca, pero seguía sin poder tocarla.

—¡¡Por favor, no!! —gritó.

Rozó la pared con los dedos, sin lograr agarrarse. Se alejó, apartando las piernas de la roca, dio patadas para ampliar el arco de su balanceo y retrocedió. Levantó las piernas, se echó hacia atrás en el arnés y alargó un brazo hacia la roca.

Aquella vez se acercó lo bastante para agarrarla, pero las piernas no dejaban de dar vueltas y perdió la oportunidad. Miró arriba y notó que la cuerda daba una sacudida.

—¡¡No!!

Cuando la cuerda se soltó, Kate dejó escapar un chillido de terror y vio la sombra de un canto rodado que se acercaba a

ella. Se golpeó contra el flanco inclinado y rodó por encima de él, demasiado atontada para intentar cogerse. Las caderas y las piernas salieron por el borde, pero la cuerda se enganchó en algo.

Temiendo que el más ligero movimiento la mandase al fondo del abismo, tanteó el canto rodado en busca de un asidero. Lo que encontró fue una ligera cresta que logró quitarle algo de tensión a la cuerda. Por el momento, estaba a salvo, así que levantó la mirada hacia la repisa de la que había caído. Las sombras hacían que resultara complicado calcular las distancias. Le daba la impresión de haber caído otros dos metros. ¿Cuatro o cinco metros para volver a subir? Vio de nuevo la misma silueta asomándose. Cuando desapareció, Kate se levantó y se dio cuenta de que quizá se hubiese roto una costilla en la segunda caída. Encontró la hendidura en la que se había enganchado la cuerda y tiró de ella para soltarla, pero estaba demasiado metida. Sabía que podría desatarla en el mosquetón del arnés o soltar el arnés si no quedaba más remedio, aunque no quería dejar ninguna de las dos cosas. El instinto del alpinista: un trozo de cuerda y los medios para atarla podían suponer la diferencia entre la muerte y la salvación. Metió la mano en el bolsillo con cremallera del abrigo y sacó su navaja suiza.

Perdió un metro de cuerda después del corte, pero conservó casi tres metros, lo bastante para atarla a algo. Enrolló la cuerda con cuidado, la ató y se la guardó en el bolsillo del abrigo. Después examinó la mezcla de hielo y rocas que se elevaba sobre ella. Miró al horizonte y vio la débil luz de la puesta de sol que todavía se reflejaba en las montañas. Muy pronto sería de noche, y escalar en la oscuridad sin ningún tipo de lámpara era suicida, aunque, en realidad, no tenía elección. No podía atarse allí y esperar a la luna, ya que, en dos horas, expuesta como estaba al viento, tendría demasiado frío para moverse.

Intentó sacudirse la pena y el miedo que la atenazaban. Por experiencia, sabía que si se rendía estaría acabada. Tenía que salir de allí escalando, eso era todo. Sin embargo, ¿por dónde? Miró arriba. Por allí se encontraría con los dos austriacos. Miró al oeste y pensó que quizá pudiera recorrer la cara vertical por debajo de la repisa. Eso la llevaría por debajo de los austriacos, aunque no tenía equipo para descender de la montaña. Hizo inventario: llevaba un abrigo y botas; tenía una navaja suiza, tres metros de cuerda para escalar y un arnés. No bastaba. La única forma de sobrevivir era hacerse con el equipo adecuado. Levantó la mirada: fuego, agua, comida, crampones, piolets, cuerda, saco de dormir; todo estaba a tan solo cinco metros de ella. Sin aquellas cosas no podría salir de la montaña.

Después de recorrer con precaución una estrecha tira de piedra, Kate se dirigió a la rampa con la intención de salir por encima de los dos hombres. Sin embargo, al instante se rozó la cabeza con una repisa saliente. Se agachó e intentó estudiar la sombra: un canto rodado bloqueaba su única subida y la obligaba a moverse de nuevo en lateral. Aguantaba su peso agarrada con las puntas de los dedos de las manos y los pies. Bajo ella, el vacío esperaba, paciente.

El viento sopló con un poco más de fuerza mientras rodeaba el obstáculo. Al salir, más adelante, notó que el viento le tiraba del abrigo. No había llegado a helar en todo el día, demasiado calor para la clase de escalada mixta que ofrecía el Eiger, aunque, por la noche, las temperaturas solían bajar hasta caer en picado. Aquella noche no era una excepción. Levantó la mano y encontró una grieta helada, imposible de asir. ¡Necesitaba sus piolets! De repente, de pie sobre centímetro y medio de piedra, con tan solo las botas y las manos desnudas para evitar caer al profundo abismo, sin tan siquiera un anclaje que la

sujetase, Kate se dio cuenta de que nunca lograría subir la rampa. ¿En qué estaba pensando? ¿Contra quién intentaba luchar? ¿Contra Dios?

Empezó a temblar y notó que le ardían los ojos. «Lady Katherine Kenyon murió ayer en un accidente de montaña al escalar el Eiger...».

«Los titulares son una cosa estupenda —pensó—. ¡Llorada por las clases altas y envidiada por el resto!».

—No —susurró, sacudiendo la cabeza y agarrándose a una rugosidad de piedra y hielo—. Todavía no estoy muerta.

Tiró de su cuerpo hacia arriba. El contorno de la roca le empujaba las caderas hacia fuera y, por un instante, sus pies perdieron apoyo, de modo que se vio obligada a soportar todo su peso con las puntas de los dedos. Sintió el pánico que todo escalador siente cuando no hay protección. Sin embargo, conocía aquel movimiento, lo había practicado numerosas veces. ¡Qué más daba que no hubiese anclaje! ¡Era lo bastante buena a la luz del día para hacer aquello sin necesidad de cuerda! No era más que una escalada libre con un poquito de niebla. Lo que debía hacer era agarrarse y seguir avanzando. Ese era el estilo de la montaña. En realidad, ¿cuántas veces había necesitado la seguridad de una cuerda anclada?

—¡Cógete a la montaña con las manos y haz lo que sabes hacer! —se susurró.

Subió más y se sujetó a una protuberancia de roca porosa; era como un pomo, así que se elevó fácilmente. Encontró una hendidura con la punta de la bota. Rodeó por completo el bulto y se tumbó sobre él para recuperar el aliento.

—Todavía... no... estoy... muerta.

El siguiente tramo fue más sencillo, con muchos asideros y repisas, típicos de gran parte de la montaña. Se movía con lentitud por la oscuridad y por la naturaleza impredecible de la

roca, pero se movía. No se encontró con salientes en su camino, ni con paredes lisas resbaladizas que detuvieran su avance. «No está mal», pensó. Después dio con un páramo de hielo puro que se extendía sobre ella. Kate llevaba dos días escalando pedazos de hielo como aquel, que, en realidad, era de los fáciles. Con un par de piolets en las manos y crampones en las botas podría haberlo dejado atrás en unos segundos. Golpe, golpe, salto. Golpe, golpe, salto. Una vez que le cogías el ritmo era lo más rápido del mundo. Sin equipo, sabía que, de empezar a deslizarse, todo habría terminado.

—Para —susurró—. Quédate aquí, espera. No te congelarás.

«Lady Katherine Kenyon murió ayer en un accidente de montaña al escalar el Eiger. Su padre ruega...».

Su padre. ¿Qué haría Roland Wheeler con aquella pared delante? ¿Se mentiría, pararía y se quedaría dormido, dejando que el frío viento lo helara hasta matarlo? La idea estuvo a punto de hacerla reír. ¡No habría sido propio de él! El hombre tenía muchos defectos (como una completa falta de moralidad en lo referente a las propiedades de los demás), pero rendirse fácilmente no era uno de ellos. ¡Él no se iría a dormir sin más! Y nunca había permitido que Kate lo hiciera. Una vez, en su primera escalada de verdad, a ella le había entrado el pánico. Se había quedado paralizada en una repisa (una repisa por la que, en aquellos tiempos, habría matado), y su padre le había dicho: «Las lágrimas no te sacarán de esta roca, Katie. ¡Has llegado aquí escalando y saldrás de aquí escalando!».

Ella respondió: «¡No puedo!», y él repuso: «Bueno, entonces no eres la chica que yo creía». Después, siguió adelante. ¡Siguió adelante! ¡La dejó allí! Con catorce años y temblando, y él la había dejado atrás sin molestarse en volver la vista ni una

sola vez. Se puso tan furiosa que dejó de sentir pánico..., y esa era la idea.

Kate tocó el mosquetón que llevaba en el arnés, pero no estaba preparado para algo semejante. Registró el abrigo: cuerda, navaja... ¡pitón! Sacó la navaja y el pitón. Con la navaja en una mano y el pitón en la otra quizá lograrse utilizarlos como si fueran un par de piolets.

O moriría en el intento.

Kate clavó la hoja de la navaja en el hielo y notó que se agarraba bien. Después, el pitón. Notó la suficiente resistencia para impulsarse hacia arriba. Una vez en el hielo, se arriesgó a mirar abajo, aunque lo único que vio fue una pared gris lisa con una inclinación de unos cuarenta grados. Se extendía durante unos cuantos metros y después se convertía en cielo.

Arriba le esperaba un duro camino. Sacó la navaja del hielo y se aferró como pudo al pitón con dedos temblorosos. Después metió rápidamente la navaja en el hielo y sostuvo su peso con ella. A continuación el pitón, y otra vez la navaja.

La furia de tener que clavar aquellos pequeños objetos de acero en el hielo la estaba dejando agotada, pero quedarse colgada le minaba las fuerzas, así que mejor seguir moviéndose...

¡Habían cortado su cuerda! ¡Intentaron tirarla de la montaña! ¿Habría visto Robert cómo lo hacían? ¿Habría gritado sin que ella lo oyese? Su silencio la preocupaba, porque significaba que lo que había pasado junto a ella en su caída era un cuerpo, no un saco de dormir, ni una mochila, sino su cuerpo. Estuvo a punto de rendirse al pensarlo, pero no podía estar segura. Quizá su marido hubiese gritado al ver que cortaban la cuerda. Ella se había golpeado la cabeza con fuerza, puede que perdiese algunos segundos. Robert podía seguir con vida, qui-

zá pretendiesen secuestrarlo, llevárselo a la luz de la luna y exigir un rescate de dimensiones obscenas...

Se detuvo para respirar, para lamentarse, para encontrar en lo más profundo de su ser la rabia que necesitaba para subir el último trecho. No le valía pensar que Robert estuviese muerto. Miró atrás, los dedos empezaban a sufrir calambres por la tensión, las fuerzas le fallaban. ¡Tenía que terminar con aquello lo antes posible!

Había perdido el conocimiento; por eso no había oído el grito de terror de Robert cuando cortaron la cuerda, porque se había dado en la cabeza con la roca. Su silencio no significaba que él también hubiese caído, sino que ella había estado ausente durante un instante. ¡Robert seguía arriba! ¡Pensando que ella estaba muerta! ¡Rezando por un milagro, igual que hacía ella! Clavó el pitón en el hielo y se impulsó unos cuantos centímetros más. La mano que lo sostenía estaba ardiendo de dolor por culpa de un calambre, pero ahora veía un canto rodado surgir sobre ella.

Buscó en vano algún asidero, después se movió lentamente hacia la izquierda, resistiéndose al impulso de mirar de nuevo abajo, hasta que, por fin, encontró una zona con nieve. Allí la inclinación era mayor y la nieve inestable. Veía varias rocas prometedoras justo encima de ella (se acababa la parte difícil de la ascensión), pero, cuando se subió a la nieve, vio que se partía bajo ella. Tenía la barriga y los dedos de los pies dentro y sentía algo de agarre, aunque no mucho; no era una posición segura. Podría desaparecer en un segundo, junto con toda la pared de nieve que se deslizaba hacia al fondo. Metió los puños en ella y se sujetó al hielo. Después subió unos cuantos centímetros, y lo intentó una y otra vez.

Al cabo de un momento se encontró subiendo por piedras sueltas hasta llegar a la larga rampa inclinada. Se metió el

pitón en el bolsillo e intentó calcular la distancia que quedaba para llegar a los dos austriacos. Por su posición, le parecía que estaban a unos veinte metros por debajo de ella, aunque no veía nada. Miró al cielo. Las estrellas ya habían salido, pero seguían siendo pálidas. El horizonte estaba negro. Si se quedaba en las sombras y no hacía ruido, quizá lograra llegar a ellos antes de que se dieran cuenta de lo que pasaba. Tocó la hoja de su navaja con el pulgar; a pesar de no ser una gran arma, al menos estaba afilada.

Kate descendió como si bajase una escalera. Se sujetaba a la roca con los dedos de las manos y los pies, y el cuchillo bajo el pulgar derecho. Vio trozos grises de hielo y después la vaga silueta de la hendidura donde Alfredo había excavado en la nieve para protegerse del viento.

Estaba a punto de llegar a la repisa cuando oyó el inconfundible sonido de acero sobre piedra justo encima de ella. Levantó la mirada, sorprendida, pero era demasiado tarde: el ataque fue muy rápido. Kate cayó al recibir el impacto, aunque no sin antes dar un navajazo que acertó en el abrigo y, al menos, parte de la carne del hombre, cosa que la frenó momentáneamente.

Apenas fue consciente del grito del hombre cuando este le dio un puñetazo en la cabeza. La navaja se soltó y Kate empezó a deslizarse. Antes de coger velocidad, consiguió meter la bota en una cresta. Estaba unos tres metros por debajo del hombre, que volvía al ataque. Para poder moverse así, el asesino debía de estar colgado de una cuerda.

Podía haberla pasado fácilmente por algún tipo de anclaje natural, lo que le permitiría bajar a por ella a toda prisa. Sin embargo, de ser así, la cuerda estaría atada a su arnés por un extremo y él tendría que sujetar el otro. Esa era la forma de mantener

la tensión de la cuerda e ir dándola conforme bajaba por la roca, aunque también significaba que no estaba del todo seguro. Cuando la golpeó por segunda vez, Kate estaba lista y le rodeó las rodillas con los brazos. Él intentó patearla, pero ella logró ponerlo de espaldas, de modo que los dos colgasen de su cuerda. Después se lanzó sobre su pecho y le cortó la muñeca.

Empezaron a deslizarse juntos por la pendiente, mientras el hombre se agarraba a ella, desesperado. Kate le cortó la cara, le dio un fuerte rodillazo y rodó para alejarse. El grito del hombre había cambiado de tono: conforme ganaba velocidad, aumentaba su terror. Kate siguió deslizándose hasta notar que las piernas llegaban al borde, momento en el que se agarró con ambas manos a un trozo de piedra que sobresalía. La roca le cortó los dedos por culpa del peso del cuerpo, pero se sujetó; las piernas colgaban en el aire, agitándose como locas.

El segundo hombre se asomó a la repisa y, muy nervioso, llamó a su compañero; no hubo respuesta. Colgada de una mano, sin navaja, Kate levantó la mirada, pero solo pudo ver el cielo y las oscuras sombras de las rocas. Metió la mano por debajo de la repisa, encontró una cresta, se aferró a ella y se apartó de la rampa, quedando colgada frente a una pared vertical con la única ayuda de cuatro dedos.

Por encima de ella, la sombra del segundo hombre tapaba las estrellas, mientras sus crampones arañaban el punto de la roca en el que antes estaba la mano de Kate. Si la veía, podía darse por muerta.

Empezó a temblarle la mano, pero esperó, sin atreverse a buscar un asidero mejor.

—¡Jörg! —gritó el hombre mientras caminaba sobre ella, con los dientes de los crampones a pocos centímetros de sus dedos. Se movía despacio, procurando mantener el equilibrio.

Una vez perdido en las sombras, Kate se atrevió a utilizar la otra mano y empezó a buscar un punto de apoyo para los pies. Respiraba en silencio, despacio, resistiéndose a la necesidad de jadear.

—¡Jörg! —gritó el hombre de nuevo.

Kate encontró una grieta vertical y metió parte de la suela de la bota dentro, impulsándose hacia arriba hasta apartar el pecho y las caderas del borde. Se quedó quieta, sujeta por manos y pies, con la barriga a pocos centímetros de la superficie. Kate ascendió lo más deprisa que pudo, aunque con precaución. Se quedó en la parte más oscura de las sombras, cerca de los cantos rodados. Necesitaba colocarse por encima del hombre y así adquirir la velocidad necesaria para igualar la diferencia de tamaños y pesos.

El austriaco volvió a gritar el nombre de su compañero, aunque con otro tono de voz. Era un hombre solo en una montaña y, quizá, por primera vez, estaba algo asustado. Kate visualizó los contornos de la rampa. No podía ni verlo, ni oírlo. Intentó calcular la distancia entre los dos, pero, de repente, el asesino había dejado de hacer ruido. ¿Estaría todavía cerca del borde? ¿Subía hacia ella con tanto sigilo que no podía oírlo? ¿O estaba de pie en alguna parte, procurando mantener el equilibrio y prestando atención, para asegurarse de que no había nadie más?

Quizá se imaginaba que los dos habían caído al abismo, pero seguro que sabía que ella podía seguir viva. Empezó a moverse lateralmente y lo oyó volverse, como si la hubiera escuchado. Kate se quedó paralizada, a la espera. Un paso y después nada. ¿A qué distancia? Tenía las manos, los pies y la cara pegados a la pendiente, de espaldas al asesino. Se volvió con toda la lentitud y el silencio que le eran posibles, pierna sobre pierna, brazo sobre pecho. Una vez boca arriba, observó las sombras que había más allá de su barriga y sus rodillas.

Sacó el trozo de cuerda que había guardado en el bolsillo y soltó el nudo con los dientes. El hombre seguía sin moverse, lo que significaba que estaba seguro de que ella se encontraba por encima de él, en alguna parte. Al parecer, no pretendía dar a conocer su posición antes de lo necesario. Kate suponía que se encontraba a unos tres o cuatro metros de ella; los dos ciegos; los dos, de repente, completamente inmóviles; los dos plenamente conscientes de que estaban a punto de encontrarse.

Dejó la cuerda un poco floja y sostuvo un extremo en cada puño. Le daba la impresión de que el hombre estaba a su derecha, no justo encima de ella, pero no estaba segura. No podía arriesgarse a un deslizamiento. Si no acertaba, no habría nada que detuviese su caída. Necesitaba saber su posición, aunque eso significase delatarse.

—Por favor —susurró, y apenas reconoció su voz—, no me haga daño.

El asesino parecía haber estado esperando algo similar, porque empezó a bajar la pendiente rápidamente. Kate averiguó su posición al instante y, dando un salto, comenzó a deslizarse. La fuerza del impacto hizo que se resbalase por los brazos del hombre y se diese contra sus piernas. Una vez logró que perdiera el equilibrio, Kate le pasó la cuerda por las rodillas y rodó debajo de él. Tensó la cuerda y dejó que el impulso lo lanzase pendiente abajo. El hombre gritaba como loco, pero ella siguió tirando, frenando conforme él aceleraba. Cuando por fin soltó la cuerda, el asesino chilló.

Oyó su cuerpo golpearse contra el glaciar tres o cuatro segundos más tarde. Después, solo quedó el viento.

Kate se puso a cuatro patas, llamando a Robert. Se arrastró por la rampa hasta llegar a la repisa donde su marido había estado sentado.

—¡¡Robert!!

Solo obtuvo silencio. Se dijo que no lo habían matado, que no habían subido a la montaña solo para eso. ¡No! ¡Lo que querían era secuestrarlo! Estaba atado, amordazado... en alguna parte. ¡Estaba allí! ¡Tenía que estar allí!

—¡¡Robert!!

Kate salió de la oscura repisa, pero solo encontró dos mochilas y un par de sacos. Cogió una linterna de una de las mochilas y echó un vistazo a su alrededor. El equipo de Robert no estaba. Se volvió, salió de la repisa y cruzó la rampa, enfocándolo todo con la linterna. Siguió escalando un poco más, llamando a su marido una y otra vez. De nuevo, no obtuvo respuesta. Pensó que Robert estaba en otra parte, pero, incluso mientras se susurraba aquella mentira para intentar soportar los segundos siguientes, sabía que no había ninguna otra parte. De haber estado vivo, habría estado allí. Y no lo estaba.

Lo llamó de nuevo, pero se le rompió la voz. Robert no estaba. Se dejó caer de rodillas y se tapó la cara con las manos.

Cuando terminó de llorar, Kate recuperó uno de los sacos de dormir y se metió dentro para poder descansar una hora.

Se despertó con la luz de la luna y descubrió que le dolía todo el cuerpo. No le parecía posible moverse, aunque sabía que debía intentarlo. La luz de la luna iluminaba la zona, así que volvió a la repisa sin usar la linterna para registrar las mochilas en busca de equipo. No encontró crampones, pero sí piolets y cuerdas, cascos con luz, comida, fuego, agua y aspirinas. Incluso encontró el hornillo de Alfredo. Pensó en seguir ascendiendo, pero conocía mejor la bajada, ya que la había hecho dos veces. Si se metía en problemas, sabía dónde podía parar y esperar a que la rescataran. Tenía fuego, comida

y ropa para sobrevivir unos cuantos días, si no le quedaba más remedio.

Acampó en un trozo nevado cuando por fin se ocultó la luna. Al amanecer siguió descendiendo; el cuerpo le temblaba con cada movimiento. Encontró a dos escaladores a última hora de la tarde.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó uno de ellos mientras esperaban al rescate por helicóptero.

Ella sacudió la cabeza, no quería decirlo. Los médicos también quisieron saberlo, pero Kate se negaba a hablar. Estaba demasiado cansada, demasiado dolorida y demasiado asustada para revivirlo. Lo entendieron o, al menos, creyeron entenderlo.

Fue el instinto lo que la silenció. Alguien había enviado a aquellos hombres a por Robert, estaba segura, y el que lo había hecho seguía allí fuera. Si mentía sobre lo sucedido, quizá el asesino pensara que estaba a salvo. Seguramente decidiría que ella tenía demasiado miedo para buscarlo. Sin embargo, lo haría; acabaría con él o moriría en el intento.

Cuando tuvo que hablar y no pudo seguir escondiéndose detrás de la excusa del cansancio, ya estaba fuera de la montaña, mintiendo a salvo en el hospital. Les dijo que su marido, su guía y ella habían decidido unirse a dos hombres que esperaban llegar a la cima a la luz de la luna llena, los cinco en dos cuerdas. Apenas habían empezado cuando el líder del equipo perdió un anclaje y cayó sobre su grupo. La fuerza de la colisión había roto también su anclaje, así que los cinco escaladores se habían deslizado por la rampa, enredados en las cuerdas. Les contó que, al empezar a rodar, logró cortar la cuerda, pero los otros ya habían caído por el borde.

Su historia presentaba algunos problemas, como el intercambio de los equipos y las cosas que faltaban. ¿Por qué lleva-

ba una de las mochilas de los otros? ¿Cómo había perdido sus crampones? ¿Qué le había pasado a su mochila? Les dijo que no lo sabía, que encontró el equipo después de perder el suyo. Le contestaron que eso no tenía sentido y la presionaron para que les diese más detalles, pero Roland hizo algunas llamadas de teléfono y, al día siguiente, el interrogatorio terminó. No hubo más preguntas. Los periódicos recibieron la historia, y la versión ofrecida por Kate acabó grabada en piedra.

Los suizos hicieron una búsqueda en helicóptero a primera hora de la mañana siguiente a que Kate por fin reuniese las fuerzas suficientes para decirles a las autoridades dónde había pasado todo exactamente. Para entonces, una tormenta de nieve había cubierto los cadáveres y los equipos. Se realizó otra búsqueda en el verano, aunque sin éxito.

Todos decían que el Ogro se había cobrado otras cuatro víctimas.